

del escritor, ni las rudas campañas del político; lo que recuerdo es que usted ha dedicado toda su existencia de hombre y de escritor a combatir el catolicismo en España, convencido usted de que la Iglesia católica no sólo es la infecta matriz del carlismo que avergüenza a la civilización española, sino también la razón de todo el atraso de un país que ha permanecido refractario al benéfico movimiento de la Reforma protestante.

Viendo casi a diario que los más execrables asesinos, como Vacher, son católicos a macha martillo, y que las más asquerosas asesinas, como la Pepé, pasan la vida en los templos susurrando cochinerías al oído de los curas, he tenido más de una vez el propósito de enviar al "Motín" un cajón para muestra de lo que pasa en Francia, lleno de pingajos de las sacristías parisinas. Pero vivo atropellado por una labor que, extendiéndose a los periódicos de América, resulta superior a las fuerzas de un solo periodista y me quita la satisfacción de escribir a amigos como usted.

De hoy no pasa, sin embargo, el envío de un encargo para que lo ofrezca usted, como regalo de Pascua, a los fieles del catolicismo español.

Va saber usted que un desconocido asesinó a Josefina Bigot. Pero de seguro no sabe usted los puntos que calzaba como católica la tal Josefina. Va a saberlo usted por un periódico de orden, casi conservador, llámelo "Le Matin".

"Josefina Bigot iba asiduamente a la iglesia de San Felipe de Roule para rezar a San Antonio de Padua. De religiosidad rayana en superstición, Josefina oía misa todos los domingos. En el armario de su cuarto tenía constantemente un crucifijo, el cual fué encontrado en la cama. ¡Esencia extraña! Josefina Bigot tenía los ojos elevados en el Cristo mientras el asesino cometía con ella un pecado contra natura. Josefina Bigot se pliegaba a los caprichos más extraordinarios. En su casa ocurrían horribles escenas de un sadismo que no es posible publicar. Se hacia atar por hombres que, a petición de ella, simulaban escenas de asesinatos mientras la poseían... Ferores clamores, voces de socorro y gritos desgarradores salían frecuentemente de su casa. No era cosa de cuidado. Todo se reducía a que algunos señores y algunas señoritas amigas de Josefina se diver-

tían fingiendo crímenes, atentados tan monstruosos como inconcebibles. Había allí gentes amarradas al pie de la cama... M. Templier, amante de la Josefina, y testigo ocular de varios de aquellos atentados, ha dicho tranquilamente al juez instructor de la causa, que en la casa había escenas de un sadismo indescriptible. Caballeros respetables (sic) se hacían infligir los suplicios que sufrieron en Montjuich los dinamiteros de Barcelona. Otros se hacían taladrar las orejas. Otros..."

No es posible seguir, amigo Nakens, y "Le Matin" termina diciendo:

"On a retrouvé dans les papiers de la victime un certain nombre de certificats attestant sa parfaite honorabilité, sa moralité et rendant surtout hommage à ses sentiments religieux et à sa piété exemplaire."

Eso es lo importante. Josefina Bigot, que profanaba inmundamente a Cristo, haciendo presenciar cópulas contra natura, tenía certificados que rezaban su perfecta honorabilidad, su perfecta piedad.

Y si el asesino no la hubiera matado, Josefina Bigot habría ido, después de satisfacer la desbordada concupiscencia, a confesarse con el cura de la parroquia y a tomarse una hostia conteniendo el cuerpo del mismo Dios a quien obligaba a prestar extraños e infectos amores.

### "FUEGO!"

Atacado de la neurosis negra de las sacristías, El Movimiento Católico aconseja al marqués de Comillas que "no salga a la calle, o que salga con buena escolta, porque los de El Globo somos hermanos de los asesinos de García Moreno".

No sé qué pensarán de tal acusación, mis estimables empapieros. Por lo que a mí se refiere, mi gozo no cabe en un pozo. Porque si vuelven a surgir las rapaces nocturnas aves, a las huestes carlistas, estoy desde ahora en condiciones de disputar al director de El Movimiento Católico el puesto de honor que ocupó en las filas de aquel tenebroso cura de Hernialde, que llevó tantos cadáveres a lo insondable de la sima de Iguzquiza.

El vasallo del mentecato don Carlos, VII de la serie, nos incluye en el núme-

